

cuando el deber no está fundado sobre el derecho, el derecho sobre el interés, el interés sobre la necesidad, la necesidad sobre lo necesario al organismo individual y social».

Pero heos también lejos del amoralismo: la moral nos aparece como un hecho, un hecho natural, fisiológico, orgánico, idiosincrásico.

Recordamos a este propósito el ingenioso y profundo diálogo que Fnelón pone en boca de Ulises y de Grillus. Éste, a quien Circeo había convertido en cerdo, no podía resolverse a tomar su forma primera, y Ulises trata de decidirle:

«ULISES.—Por poco corazón que tengas, serás dichoso volviendo a ser un hombre.

»GRILLUS.—No lo intentaré. El oficio de cerdo es mucho más lindo.

»ULISES.—¡Tal vileza no te horroriza! ¡Si no vives más que de basura!

»GRILLUS.—No importa. Todo es cuestión de gustos.

»ULISES.—¡Es posible que tan pronto hayas olvidado cuanto de noble y ventajoso tiene la humanidad!

»GRILLUS.—No me hables de la humanidad; su nobleza es puramente imaginaria.

»ULISES.—Pero no tienes en cuenta la elocuencia, la poesía, la música, la ciencia...

»GRILLUS.—Mi temperamento de puerco es tan dichoso, que me eleva sobre todas esas cosas bellas. Prefiero gruñir á ser elocuente como tú.

»ULISES.—Declaro que no puedo admirarme lo suficiente de tu estupidez.

»GRILLUS.—Es natural que un cerdo sea estúpido. Cada uno ha de conservar su carácter».

Inmejorable demostración de la autonomía fundamental de las conciencias, de la vanidad de todo dogmatismo moral, de todo doctrinarismo; demostrando a la vez de igual modo que el amoralismo es una quimera de metafísico verdaderamente insostenible y que cada cual tiene siempre, a pesar de cuanto haga, su carácter y su moral, sus ideas directrices de la con-

ducta. Grillus, lo mismo que nuestros amoralistas, no es amoral; tiene una moral... de cerdo.

Ha de tomarse como regla de pensamiento que no hay seres permanentes ni entidades inmutables, sino que todo se mueve, se desarrolla, se disgrega, se reagrega en la eterna transformación; que, por consiguiente, las ideas morales, que tienen por base y medida el hombre mismo, se modifican necesariamente sin cesar, según el estado de los medios y el grado de las conciencias individuales, de conformidad con las leyes de la herencia modificadas por las influencias ambientales.

Pero no por eso dejan de existir y de obrar esas ideas, y su carácter de ideas-fuerzas es capital.

Algunos sociólogos, despreciando la naturaleza psicológica, psíquica, del fenómeno moral, tienden a reducir toda la moral a la ciencia de los hechos sociológicos, a la ciencia objetiva de las costumbres. Para esos objetivistas exclusivos no es ya cuestión de conciencia, de deber, de bien, de sanción íntima, sino de leyes sociales, de costumbres, de ritos, de relaciones económicas. Las razones de nuestros actos no están ya en nosotros, sino en el medio en que evolucionamos y cuya presión invencible sufrimos. La conciencia es un eco, ya no es una voz. Yo interrogo a la conciencia—dice un crítico—y la sociedad responde.

Habría, en consecuencia, un fatalismo moral análogo al fatalismo histórico de Marx, y más aún al fatalismo psicológico que parece haber triunfado, provisionalmente al menos, en el pensamiento científico actual. Se reconstituiría la conciencia moral con sus determinantes sociales. Y la moral no sería ya asunto de conciencia, sino de ciencia, de investigaciones objetivas, de estudios experimentales, y en rigor hasta de laboratorio. La «ciencia moral» desaparece ante la «ciencia de las costumbres».

El alma de la moralidad, sin embargo, es la autonomía. Ser moral es tomar de sí mismo, espontáneamente,